



## LA IMPORTANCIA DE LOS VÍNCULOS ENTRE LA INVESTIGACIÓN, LA FORMACIÓN Y LA METAFÍSICA: UNA INVITACIÓN A LA VIRTUD\*

*The importance of the links between research, formation and metaphysics:  
an invitation towards virtue*

*Willmar de Jesús Acevedo Gómez\*\**

\* Artículo de reflexión.

\*\* Licenciado en filosofía. Magíster en Filosofía, énfasis en ética de la UPB de Medellín. Profesor Asociado I de la Universidad Católica de Pereira, programa: Departamento de Humanidades. Miembro del grupo de investigación El Fenómeno Religioso. Contacto: willmar.acevedo@ucp.edu.co

### **SINTESIS:**

El artículo reflexiona sobre la virtud, propuesta por Aristóteles como un hábito electivo y operativo que consiste en un término medio relativo a nosotros, determinado por la razón y por aquella por la cual decidiría el hombre prudente. En esta propuesta, encuentran perfecta consonancia el obrar y el ser, y su relación le permite al hombre actuar en consecuencia con su pensar, en orden al bien. Este asunto, que para muchos puede ser simple retórica, se convierte en el núcleo fundamental de los vínculos entre metafísica, investigación y formación.

### **DESCRIPTORES:**

Virtud, metafísica, investigación, formación.

### **ABSTRACT:**

This article reflects on the virtue, as a choosing and operating habit proposed by Aristotle, consisting on a relative average term to us, determined by reason and that one which a wise man would decide on. Through this proposal, perfect harmony is found by the doing and being, and its relationship allows man to act in accordance with his thinking towards good. This case, which for many is part of a simple rhetoric, ends up being the core of the links among metaphysics, research and formation.

### **DESCRIPTORS:**

Virtue, metaphysics, research, formation

## LA IMPORTANCIA DE LOS VÍNCULOS ENTRE LA INVESTIGACIÓN, LA FORMACIÓN Y LA METAFÍSICA: UNA INVITACIÓN A LA VIRTUD

*Para citar este artículo: Acevedo, G., Willmar de Jesús. (2013). "Extravío. Sobre la importancia de los vínculos entre la investigación, la formación y la metafísica: una invitación a la virtud". En: Revista Académica e Institucional, Páginas de la UCP, N° 93, (Ene - Jun 2013): p. 13-22.*

*Primera versión recibida 16 de julio de 2013. Versión final aprobada el 28 de enero de 2014*

*No hay razón para que me exijas un rebusco de sentencias  
extraídas de otros autores... es vergonzoso para el anciano o para  
quien ronda los aledaños de la ancianidad poseer como sabiduría  
única cosas aprendidas de memoria. Saca agua de tu propio pozo*

Séneca, Cartas a Lucilio, XXXIII

Examinemos con algún detenimiento cada uno de los términos que hacen parte del anuncio inicial (título), haciendo claridad en que no es, de ninguna manera, un análisis de tipo cartesiano, pues ya bastantes y bizarras disecciones hemos sufrido en nuestro mundo actual gracias a su propuesta filosófica.

Comencemos entonces con la investigación. Los latinos se refirieron a ella con un atinado *in vestigiis ire*, lo que nos indica un conducirse tras los vestigios de la verdad de las cosas. Por fortuna, la filosofía ha tenido siempre claro que por su inteligencia y su racionalidad, el hombre se conduce por naturaleza hacia el desvelamiento de su mundo, tanto del que hoy llamamos de las ciencias sociales, como el de las ciencias naturales.

Como intento del espíritu humano por llegar a una concepción del universo, la filosofía en sus problemas fundamentales<sup>1</sup>, ha sido una real investigadora. La metafísica investiga el ser por sus causas primeras; la teoría del conocimiento investiga el conocimiento mismo y la configuración de la naturaleza; y la axiología

investiga desde la filosofía práctica, los valores éticos, estéticos y religiosos. Es así la filosofía, investigadora por antonomasia; por eso el hombre, en un ejercicio de auto-reflexión filosófica, busca fundamentalmente llegar a una comprensión del universo a partir de sí.

Infortunadamente, cuando de investigación se habla nos referimos preferencialmente a la investigación de la ciencia. Suele referirse la ciencia con un concepto reduccionista, al punto de delimitarla a lo que tiene que ver con aquello que es material y a lo cual el método científico positivista se puede aplicar. Este reduccionismo ha sido posible por la dirección en la que se ha inclinado la balanza del conocimiento humano y de sus preferencias, sobre todo a partir de la Ilustración y la modernidad.

Así pues, la investigación no se refiere o circunscribe sólo a las pretensiones de la ciencia física. Por ser una dimensión propia del ser humano, esta se hace presente en todos y cada uno de los aspectos de su existencia, llámese ciencias humanas, sociales, físicas y no físicas. La inquietud por conocer a profundidad la

<sup>1</sup> Metafísica, teoría del conocimiento y teoría de los valores. Hessen (2006).

naturaleza del universo y llegar a la verdad es potencialidad que posee el hombre por su condición de racional. Responder las preguntas más profundas y generales sobre el universo y sobre sí mismo y conocer de manera particular cómo funciona la naturaleza material es componente substancial de la naturaleza humana.

Las preguntas por el funcionamiento del mundo (que responde la ciencia positiva), las preguntas por el sentido del mundo (que responde la filosofía) y las preguntas por su destino (que responde la teología), pueden ser abordadas única y exclusivamente por la compleja totalidad que significa la condición humana.

So pena de saber que muchos y más inteligentes asuntos se podrían decir sobre la investigación, para nuestro propósito, baste con lo dicho.

Examinemos en seguida otro de los términos que hace parte de nuestro anuncio y que tiene que ver con la formación. Este hunde sus raíces en la palabra cultura, que viene del latín *colere* y que, en una primera acepción, se traduce como agricultura o cultivo del campo, morada del agricultor. Cicerón le da el giro hacia el cultivo del ser humano y, en este sentido, la cultura será la morada del ser humano o lo que los griegos llamaron *Paideia* y los latinos *humanitas* (como proceso de humanización en el cual el ser humano hace cultura y se hace en la cultura).

Este proceso de humanización, o de llegar a ser persona en la cultura, está mediado por múltiples factores que tienen como fin último la formación. Esta acepción no siempre resulta fácil de asir, puesto que tiene una gran carga significativa e histórica; sin embargo, la construcción del ser personal se distingue como una constante e inacabada investigación sobre sí mismo.

Ahora bien, el concepto de formación ha ido mucho más allá y se vincula estrechamente con el concepto de cultura, designando el modo específicamente humano de dar forma a las disposiciones y capacidades naturales del hombre.

Los conceptos de cultura, educación y formación, como reflexión final que sobrepasa el mero cultivo de capacidades previas o tramas de significación, encuentran su razón de ser cuando se les tiene en cuenta como un proceso de encuentro del mismo hombre por su sentido. En este orden de ideas, la cultura como red compleja de significados es entendida como un medio a través del cual se llega a la formación.

La condición de perfectibilidad del ser humano, su dinamismo y su constante búsqueda hacen de él un ser complejo por sí mismo. En la actualidad, podemos ver esa complejidad manifestada de múltiples maneras, como por ejemplo, en la percepción y apropiación de los valores, la estética, la moda, las comunicaciones, las maneras de afrontar las relaciones entre las personas a través del ciberespacio, la propuesta de la fragmentación del yo moral, el presentarse ante el mundo como un turista, la velocidad en todos los ámbitos de la vida, las formas de relacionarse y de entenderse dentro de un contexto, la subjetividad a flor de piel, la reacción frente a la institucionalización y homogenización, entre muchas otras características<sup>2</sup> que identifican la complejidad del ser humano actual y su manera de ver y afrontar el mundo y su realidad.

Es así, el proceso de formación del ser humano un alumbramiento permanente de su ser (en su condición de perfectibilidad), imposible de realizar sin ir en la búsqueda de los vestigios de la verdad y de su constante situación del ser en el mundo.

2 Comentadas ampliamente por pensadores contemporáneos como Lipovetsky (2002), Bauman (2004), Virilio (1997), entre muchos otros.

Ahora bien, el tercer término anunciado, la metafísica, guarda una estrecha relación con los dos precedentes. Cuando Aristóteles (2003) dice que la filosofía primera indaga las causas y los principios primeros, indaga el ser en cuanto ser y la substancia (981b25; 1004a5), fijémonos que lo que está haciendo es una profunda propuesta de investigación que no puede efectuarse sin el concurso del ser humano en su proceso de formación, es decir, en su camino de encontrar aquello en lo que consiste su humanidad, su ser frente al Ser, principio de todas las cosas. Aquí el hombre se encuentra con el gran problema que gastará sus energías por el resto de su existencia y que tiene que ver con la causa del ser y las causas de los seres, es decir, de las cosas que son.

Así, la metafísica es verdadera investigación, porque indaga las causas de las cosas. El proceso de formación también es investigación, porque se convierte en una búsqueda permanente por erigir lo propiamente humano, que distingue a este ser maravilloso de otros; por la formación, el ser humano se esmera en encontrar aquellos rasgos que distinguen la humanidad de la animalidad.

Según lo dicho, la metafísica resulta fundamental en el proceso que el hombre lleva en la construcción de sentido y nuestra sociedad lo puede perder fácilmente. Justamente porque perdiendo la metafísica, olvidaría las preguntas fundamentales, se dejaría imponer una investigación que no persiguiera precisamente ir en pos de la verdad, sino que iría en pos de respuestas que tendrían una pregunta inicial pragmática: ¿para qué sirve? Esta pregunta re direccionaría completamente el sentido de la investigación y la reduciría al campo de la teoría del conocimiento material, en otras palabras, esta pretensión investigativa impondría su método al objeto que investigue. Tal sería el espíritu chato que conduciría los destinos de nuestra sociedad.

Puestos ya en el ágora algunos elementos fundamentales, comentemos sucintamente algunas bondades de la modernidad y que finalmente tienen todo que ver con su extravío.

El hombre moderno, guiado por el surgimiento de un nuevo concepto de libertad, se propone como medida y como fin, construye una sociedad “secularizada” basada en la razón, en la cual, la realidad es entendida a partir de los sentidos y cuyos estatutos se imponen frente a los grandes esquemas tradicionales, se produce la separación del Estado y la Iglesia. El nacimiento del racionalismo, del método científico y la construcción del pensamiento científico, cambian el universo metafísico por el físico, que tiene su confianza en los sentidos y produce la transición de un universo espiritual a uno material; luego, surge la democracia como la reina en el gobierno de los pueblos. La revolución industrial, fruto de la investigación, que a su vez es fruto de la riqueza acumulada, es el nuevo paradigma.

En verdad, con la modernidad grandes bondades se vislumbran para el hombre que espera inquieto, tal vez inmoderadamente crédulo de sus promesas.

### **Extravío e invitación a la virtud**

Descubrir y apropiarse de la libertad como don de sí, por la cual el hombre puede llegar a ser lo que quiera, no es conquista deleznable. Sin embargo, poseyendo tanta potencia para construir su destino y su proyecto, el mismo ser humano no sabe qué hacer con su libertad. Llegan las guerras, el hambre en las naciones no cesa, las injusticias no alcanzan resolución, saber que el otro es un interlocutor válido en toda ocasión no resuelve los problemas más acuciantes del ser humano, ser medida y fin no alcanza para restablecer la armonía entre los pueblos; la democracia se torna en tecnocracia.

La racionalidad y su magnificencia, siendo uno de los regalos más caros otorgados por la divinidad al ser humano, no alcanza a resolver los más urgentes e importantes problemas, ni alcanza a dar cumplimiento a las promesas hechas.

El método científico y la revolución industrial, con sus procesos de “customización”, producen en masa para un hombre masa. Comienza el hombre a asistir a la llamada caída de la metafísica y aparece la era pos-metafísica, la ciencia le impone su método científico al objeto que investiga, se asiste al olvido de las preguntas fundamentales que dan sentido a la existencia y emerge el “para qué” positivista. En estas circunstancias, la investigación y su método quedan totalmente alejados de los procesos de formación, otrora vinculados estrechamente.

Añora entonces, el hombre, la verdad, oteada desde las alturas y seguridades acostumbradas, y se sumerge en el caótico devenir del “todo vale”. Surgen los ejércitos de autores denunciando la situación y la ausencia de propuestas de solución se hace pasmosamente evidente. Es justamente en este extravío en donde la virtud moral llega a iluminar el sendero con una propuesta antigua y siempre vigente.

De acuerdo con el libro segundo de la *Ética Nicomaquea* (2003), en Aristóteles la virtud es un hábito electivo y operativo que consiste en un término medio relativo a nosotros (1106b5), determinado por la razón y por aquella por la cual decidiría el hombre prudente. Prudencia que, por su extravío, el hombre perdió con las “bondades” de la modernidad. Hábito electivo que por el pragmatismo que cunde, ha sido roído, lo cual se manifiesta en la real imposibilidad de elegir la vida misma y sus circunstancias. Cuando todo en la vida está dado, hecho y configurado, la única pregunta que

aparece como válida es: ¿para qué? la cual se responde, la mayoría de las veces, desde un pragmatismo pasmoso. De esta manera la pregunta por el ¿por qué? pierde su sentido, desaparece la metafísica.

El hábito que el nihilismo ha impuesto es: no hay hábitos, el hombre es un turista en este mundo, transeúnte, consumidor ágil y pasajero. En este sentido, el término medio que propone la virtud, en nuestras sociedades es sinceramente inaceptable. Todo aquello que implique cualquier tipo de esfuerzo es invalidado inmediatamente, la forja del carácter es para los pobres, quienes no tienen recursos para pagar que otros hagan lo que se debe.

Pero este extravío de la modernidad y la contemporaneidad no nos puede hacer olvidar la invitación a la virtud, considerada desde la perspectiva que se está defendiendo en este texto, es decir, como dimensión ética fundamental y fundamentadora en la vida intelectual. En este sentido, la virtud es el núcleo que alimenta la reflexión sobre la dimensión ética y su vínculo con la vida intelectual, en otras palabras, es la virtud en y de la persona que investiga.

### **La virtud como hábito**

La virtud es un hábito, un accidente, una cualidad, un modo de ser del sujeto. Hay una diferencia entre el hábito y la disposición: el primero tiene un arraigo, una predisposición más natural. La sola disposición puede permitirme la adquisición de un hábito, pero no es el hábito, puesto que a este lo caracteriza la permanencia de la conducta. No en vano Aristóteles (2003) considera que la virtud y el vicio son voluntarios (1114b20). No es fácil ser virtuoso ni vicioso. Tanto la virtud como el vicio se vuelven segundas naturalezas, se convierten en connaturales al ser humano.

Es hábito tanto la virtud como el vicio; son hábitos operativos. El hábito operativo puede ir en consonancia con el *telos* de la persona para potenciarlo (virtud) o en contravía, para dañarlo (vicio). De esta manera, el hábito siempre es adquirido. Por lo tanto, la virtud no es por naturaleza, ni en contra de la naturaleza, sino con la naturaleza: “Las virtudes, por tanto, no nacen en nosotros ni por naturaleza ni contrariamente a la naturaleza, sino que siendo nosotros naturalmente capaces de recibirlas, las perfeccionamos en nosotros por la costumbre” (Aristóteles, 2003, 1103a15).

El hábito perfecciona en el hacer, actualiza la potencialidad. La virtud perfecciona la facultad, es un suplemento de la potencia; en este sentido, solo el hombre necesita el hábito por la amplitud de su ser racional. La actuación del hombre está abierta a la universalidad de su ser, no así el animal; este no se equivoca porque no tiene libertad. Solo en el hombre es posible la virtud.

Por el hábito de la virtud el hombre se hace bueno y realiza bien su función propia, es decir, no solamente hace cosas buenas, sino que se hace bueno el hombre virtuoso. Esta invitación a la virtud no es de fácil cumplimiento, pero es una invitación a intentarlo, nadie dice que es fácil, pero es posible. El ideal de la *areté* o de la excelencia en el hombre griego muestra bien aquello de lo cual estamos hablando<sup>3</sup>.

### La virtud como hábito electivo

La Libertad, acudiendo al pensamiento de E. Mounier, es una dimensión interior por la cual el ser humano construye su propia historia y se hace responsable de la misma. El ser humano reconoce que está condicionado por muchos elementos externos que no puede cambiar (origen, época, progenitores, entre otros), pero

este condicionamiento no quiere decir que esté predeterminado, por el contrario, por esa dimensión de la libertad, hace de su propia vida un proyecto de perfectibilidad inacabado, este es tal vez uno de los más grandes regalos que la divinidad ha hecho a su criatura.

Estos asuntos ya estaban claros en Aristóteles, para quien el virtuoso es responsable de su ser, como autor de su propia vida. Los hábitos suceden en los seres racionales y libres. Ellos no tienen sus hábitos determinados; por el contrario, pueden hacer libremente su propia vida, construyen libre y racionalmente su propia historia. Por la virtud, el hombre se hace bueno y hace bien las cosas.

Para el virtuoso, el hábito se hace sin esfuerzo, lo que no significa que deje de ser un acto libre y por ello se convierta en mecánico. Por el contrario, el hábito del virtuoso es hábito electivo, nunca dejará de ser un acto que implique la elección. También es cierto que por la inclinación, será una elección cada vez más fácil, pero siempre una elección. Cuando la virtud está en la persona facilita sus hábitos y las elecciones más adecuadas. Así, la facilidad es una conquista de aquel que habitualmente elige lo mejor para sí; por eso, la libertad será siempre un gran reto para el hombre. La virtud vence la pasividad de la potencia y le da actualidad a la acción. En este sentido, la virtud es ardua.

### La virtud como medio

Un acto virtuoso es un término medio que ha elegido la razón recta. La virtud consiste en un término medio. La virtud es una acción humana conforme a un término medio, a una medida, que ha fijado la razón rectificadora por la virtud de la prudencia, la verdad práctica.

3 Al respecto véase Jaeger (2001).

Las virtudes éticas son, entonces, posiciones intermedias entre dos vicios: uno por exceso y otro por defecto. De esta manera, son diferentes los medios según la cuestión a la que se refieran; si son, por ejemplo, con respecto a los miedos y osadías (la valentía es el medio), o en lo referente al dar y tomar bienes (el medio es la liberalidad), o a la honra y la afrenta (el medio es la magnanimidad), y así sucesivamente en lo que tiene que ver con los actos. De manera que los actos humanos, en su naturaleza particular, son malogrados por los excesos y los defectos; necesitan, por tanto, un justo medio por el cual puedan alcanzar la virtud.

La acción virtuosa es un término medio entre dos excesos. Se debe tener en cuenta que el término medio es relativo a nosotros, luego, es subjetivo, menos en la justicia.

En el contexto cristiano tenemos una bella interpretación de la virtud como medio. En Agustín de Hipona la virtud es comprendida fundamentalmente como el orden del amor. La virtud es el medio para alcanzar la felicidad, la cual consiste en disfrutar a Dios como bien supremo. De ahí que la virtud sea amor de Dios (*Ordo est amoris*)<sup>4</sup>. Ahora, no es posible alcanzar el bien supremo solo con fuerzas humanas, sino que para ello se hace necesaria la gracia divina. En San Agustín, el justo medio entre dos excesos es radicalmente inferior a la virtud cristiana.

Para el santo de Tagaste (1977), “una definición breve y verdadera de la virtud es: el orden del amor. *Unde mihi videtur, quod definitio brevis et vera virtutis, Ordo est amoris*” (15.22).

Las virtudes humanas (prudencia, fortaleza, templanza y justicia) son potenciadas e iluminadas por las virtudes teologales (fe,

esperanza y caridad). Entre ellas, la caridad es la más excelsa (el amor); por esto, cuando se ama, la fuerza benevolente del amor impulsa contra toda desesperanza. La excelencia del amor de Dios, como don, no encuentra posibilidad alguna de superación.

Por lo anterior, para San Agustín, “la virtud es la esencia misma de la vida cristiana, y proporciona una clara visión del fin que ha de lograrse y de los medios para alcanzarlo. Dios es amor y creó en amor; el alma cristiana regresa a Dios en el amor por medio de la virtud, porque la virtud es el “orden del amor” (Fitzgerald, 2001, p. 1337).

### El otro en la virtud

No se puede ser virtuoso ni feliz sino en la Polis. Aquí el otro refuerza y estimula con su comportamiento los hábitos virtuosos. No es posible llegar a la virtud individualmente.

En la educación, por ejemplo, la virtud tiene grandes implicaciones, por cuanto esta no se puede dar sin el otro. Tendríamos aquí muchísimo que decir en lo referente a la educación como proceso de formación en la cultura. Formarse como ser humano consistirá en ir tomando forma de ser humano a través de la virtud. La búsqueda del ansiado *areté* se dará en y a través de la virtud, que servirá como acicate en dicha pesquisa teleológica. Todo lo anterior tendría mucho que enseñar a nuestro actual sistema educativo que se esmera por proponer la educación, no como formación, sino como negocio, es decir, como empresa educativa que necesita ser administrada desde los modelos económicos capitalistas.

El no conocerse a sí mismo, el no reconocer que cada hombre es responsable de su propia vida

<sup>4</sup> Josefa Rojo (1995), en la lectura de su tesis doctoral: La virtud como Ordo amoris en San Agustín, presenta los acercamientos que sobre el tema hizo el santo en diferentes escritos suyos, como *De ordine*, *De moribus Ecclesiae Catholicae et manicheorum*, *De civitate Dei*.

(en un proceso de auto-formación en la cultura), el no tener en cuenta al otro como parte de la polis, desencadena irremediablemente en la violencia. He aquí la raíz de las innumerables dificultades por las que atraviesa nuestro sistema educativo colombiano.

### Invitación final

Como puede verse claramente, en la virtud como propuesta encuentran perfecta consonancia el obrar y el ser, su perfecta relación le permite al hombre actuar en consecuencia con su pensar en orden al bien. Este asunto, que para muchos hace parte de simple retórica, termina siendo el núcleo fundamental de los vínculos entre la metafísica, la investigación y la formación.

La virtud es también una invitación a la autonomía, pero no la autonomía entendida a la manera moderna (que se impone como principio y fin), sino en el sentido de que es el hombre mismo quien escoge ser virtuoso y quien actúa libre y constantemente para alcanzar la virtud. Se podría decir que con la virtud el ser humano se libera de sí mismo.

Para terminar, se presenta la siguiente intertextualidad entre la virtud y un pasaje de las Sagradas Escrituras, referido a un hijo que decide reclamar la herencia de su padre con el fin de conocer el mundo:

Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo al padre: Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde. Y él les repartió la hacienda. Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino. Cuando hubo gastado todo, sobrevino

un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad... Y entrando en sí mismo, dijo: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros. Y, levantándose, partió hacia su padre (Lc, 15, 11-20).

En relación con los miedos y osadías, la virtud de la valentía es el término medio en el hijo pródigo en cuanto que entrando en sí mismo, decide retornar a su propio hogar nutricional, su casa, encontrarse de nuevo consigo mismo y con los suyos. El vicio de la cobardía (por defecto) se expresa cuando este hijo no afronta su vida en la hacienda de su padre. El vicio de la temeridad (por exceso) se refleja cuando actúa con derroche, sin fijarse en las consecuencias de sus actos.

Con respecto a dar y tomar bienes y dinero, la avaricia es el vicio por defecto que en el hijo pródigo se manifiesta cuando pide descaradamente la herencia que le correspondía a su padre. El vicio por exceso es la prodigalidad<sup>5</sup> y se manifiesta cuando despilfarra su fortuna en banalidades. La virtud de la liberalidad es el término medio y se manifiesta cuando retorna a su casa, en un ejercicio de auto-conciencia y la experiencia otorgada por sus vivencias.

Como se hace evidentemente en la parábola, la profundidad de la enseñanza no está propiamente en el extravío del hijo que pide a su padre anticipadamente la herencia para que, enajenado y perdido en las veleidades del mundo, la malgastara. Estriba, en cambio, en la radicalidad de la verdad; su develamiento

5 Con razón se ha llamado tradicionalmente esta parábola como la del hijo pródigo.

aparece cuando este hijo retorna a la hoguera cálida y nutricia primigenia, a su *oikos*. Esta hoguera cálida hace referencia al retorno del hombre a Dios en el amor, por medio de la virtud.

Así mismo puede suceder con las relaciones entre la investigación, la formación y la metafísica. Todas ellas todavía hoy divagan, extraviadas por el mismo hombre en su afán de patentar el poder de su conocimiento y la potencialidad de su raciocinio, con el afán de mostrar publicaciones, indexaciones, resultados, rendición de cuentas y todo aquello que alimente la parafernalia loca y desahogada de la producción científica, que sacie los continuos “para qué” lanzados como explosivos misiles a la tranquilidad humana, y minando el *otium liberale* por el cual le es permitido al hombre pensar y pensarse.

Se hace necesario reconocer la condición de creatura del ser humano. El espíritu humano ha de retornar con urgencia a la reflexión sobre sí mismo para así poder comprender el universo. La emergencia de la humanidad le permitirá responder no sólo la pregunta ¿qué es el hombre?, sino también y como complemento de la primera: ¿dónde habita el hombre?

## Referencias

- Aristóteles. (2003). *Ética Nicomaquea. Ética Eudemia*. Madrid: Gredos.
- Aristóteles (2003). *Metafísica*. Madrid: Gredos.
- Bauman, Z. (2004). *Ética posmoderna*. Argentina: Siglo XXI editores.
- Biblia de Jerusalén (1998). Bilbao: Desclée De Brouwer.
- Fitzgerald, A. (2001). *Diccionario de san Agustín. San Agustín a través del tiempo*. Burgos: Monte Carmelo.
- Hessen, J. (2006). *Teoría del conocimiento*. Buenos Aires: Losada.
- Jaeger, W. (2001). *Paideia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lipovetsky, G. (2002). *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama.
- Mounier, E. (1944-1950). *El personalismo. Obra Completas. Tomo III*. Salamanca: Sígueme.
- Rojo, J. (1995). La virtud como *Ordo amoris* según San Agustín. Presentación de tesis doctoral. Disponible en [http://dspace.unav.es/dspace/bitstream/10171/11557/1/AH%C3%8D\\_VIII\\_CR%C3%93NICAS\\_39.pdf](http://dspace.unav.es/dspace/bitstream/10171/11557/1/AH%C3%8D_VIII_CR%C3%93NICAS_39.pdf)
- San Agustín (1977). *Obras de San Agustín. La ciudad de Dios (I). Tomo XVI*. Madrid: B.A.C.
- Séneca, L. A. (1943). *Obras completas*. Madrid: Aguilar.
- Virilio, P. (1997). *La velocidad de liberación*. Buenos Aires: Manantial.